

Paul Eluard

SUEÑO Y PIENSO QUE VIVO ¹

SEA cual sea la forma angustiosa o indiferente de disponer resolviendo o, mejor, creyendo resolver, los términos del problema poético—aún una frase en boga—resulta ahora ocioso, por no decir imposible, intervenir en tan misterioso dominio donde solamente nos es dado suponer pero nunca comprobar. Colocado también entre aquellos que se someten de mejor grado al gusto que a la necesidad sólo quiero en esta ocasión comentar uno de los resultados actuales de ese mismo problema, una, además de las repuestas más profundas, no sé si decir más sinceras, a esa pregunta implícita que todo poeta adivina en sí mismo, dentro, claro está, de un mundo impotente.

Me complace, es verdad, considerar así el poema como algo cuya causa, a manera de fugacísima luz entre tinieblas eternas o sombra súbita entre luz agobiadora, permanece escondida; ya es bastante difícil la huella, incierta, falsa a veces, no importa, para buscar además el cuerpo invisible negado eternamente. Mi sub-

¹ Perfil del Aire.

jetividad y el Creador, es demasiado para un cerebro—decía Lautreamont.

Porque en efecto sólo podemos conocer la poesía a través del hombre; únicamente él, parece, es buen conductor de poesía, que acaba donde el hombre acaba aunque, a diferencia del hombre, no muere. En este sentido el resultado o residuo poético, tentativa de alguien que creyó en la poesía, es fatalmente romántico. Ella, pues, es el destino de esos *alguien* que dicen *tú me escogiste para tí, yo ¿qué había de hacer sino seguirte?*

Más aquí, pasado el Pirineo (creemos en la Geografía puesto que creemos en el viaje), la palabra romántico no tiene significación. La poesía española por exigencias o deficiencias, es lo mismo, de un temperamento exclusivamente verbalista, si así puede decirse, no ofrece ninguna fase romántica en su inagotable desierto de palabras, palabras, palabras. Sin embargo acaso Garcilaso sea un poeta romántico, acaso lo sea también Bécquer aunque en este último habría además que averiguar si es o no poeta. Amamos o, mejor, se ama demasiado la palabra para ser románticos; sólo interesan las palabras, no la poesía. Y si esta última necesita de aquellas, esas palabras son ya ciertamente muy distintas bien que como las otras, como todas las palabras, traicionen también.

Por esto ese pleno sentido que para mí tiene la palabra romanticismo encima o debajo, a derecha o izquierda de la obra de Eluard, resplandor azulado o agua tenebrosa, la palabra romanticismo, digo, así empleada acaso ofrezca para otro sólo incertidumbre. Ya esto sería bastante. Pero acaso, acaso no le ofrezca nada.

No importa.

Tengo mi razón conmigo. Sé cuán inútil es intentar comprendernos. Todo esto que vemos o parecemos, decía Poe, ¿no es sino un sueño en un sueño?

¿Conocemos en efecto los motivos de los demás? Sus actos nos aparecen casi siempre como gratuitos y caprichosos. Sin embargo una lógica íntima, invisible los encadena rigurosamente. No; no podemos comprendernos; sólo podemos amarnos, forma también de la comprensión, acaso la más seductora, bastante difícil de por sí, maravillosa desde luego para que nos baste.

Importancia literaria o influencias, todo el mundo puede ser crítico, aunque si llueve no sé porqué he de salir con paraguas. El espíritu es lo que importa—conclusión en la cual no tengo confianza y que desde luego me desagrada—. Pero si un labio langoroso pronuncia alguna vez en mi vida el nombre de Eluard (notad como el llamado Paul Eluard ha sustituido los zapatos

por pétalos de margarita) adaptándolo a una sombra blanca más o menos corpórea, mis manos asombradas dejarán caer irremediablemente en su alegría bastantes porcelanas o cristales. Su fracaso, cierto, no sería nada o sería todo; es decir sería un fracaso igual al fracaso del poeta, aquí Paul Eluard, porque en definitiva nada hay que no sea fracaso, incluso, en primer lugar, la poesía.

Luis Cernuda